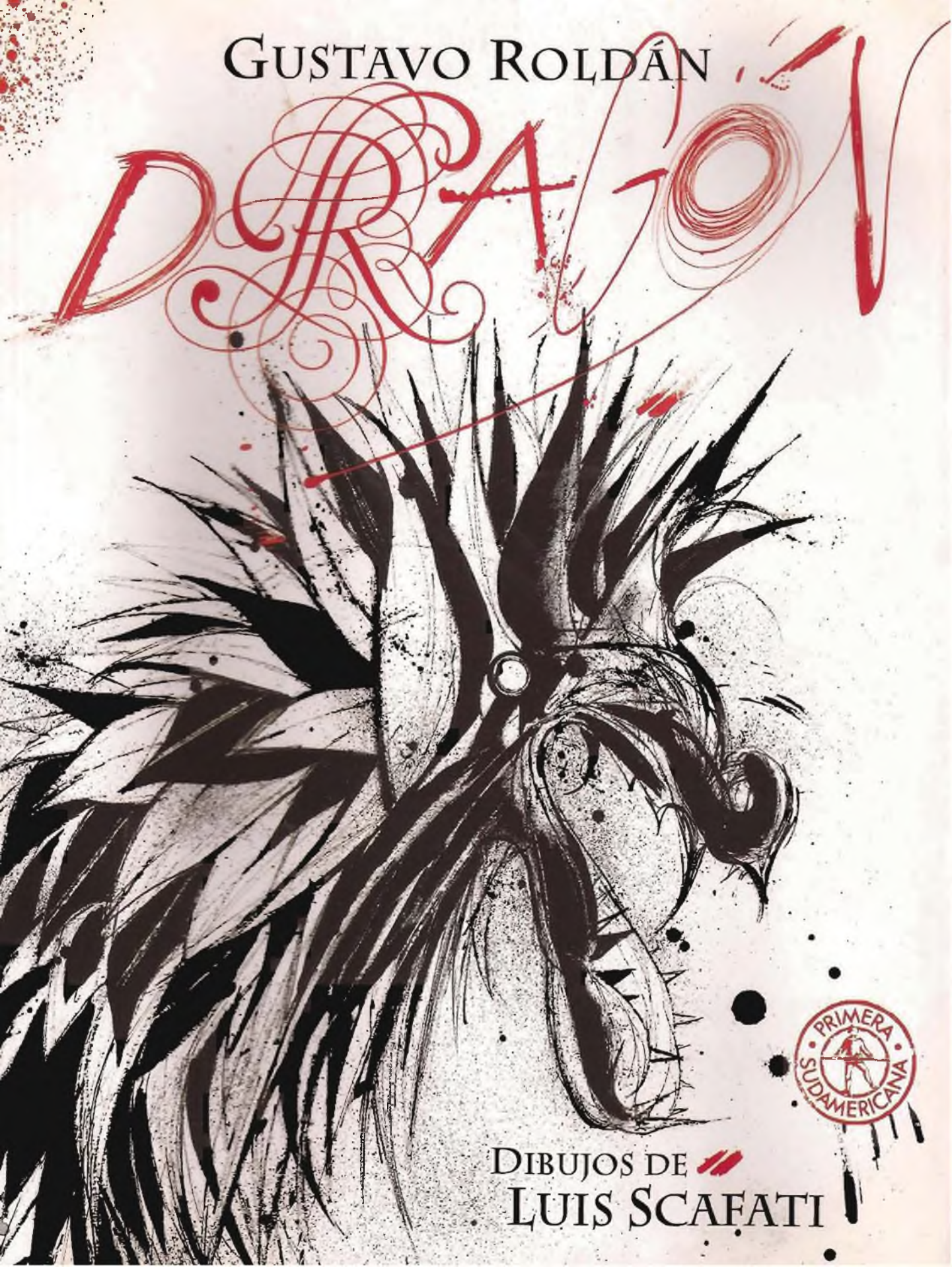
GUSTAVO ROLDÁN

DRAGÓN



PRIMERA SUDAMERICANA

DIBUJOS DE LUIS SCAFATI

DRAGÓN

SUEÑOS

PENAS

JUEGOS

SOMBRAS

SECRETOS

BENDICIONES

MALDICIONES

MIRADAS

PALABRAS

VOCES

MIEDOS

ESPEJOS

FUEGOS

AMORES

PRIMERA
SUDAMERICANA

DRAGON

GUSTAVO ROLDÁN

DRAGÓN

DIBUJOS DE LUIS SCAFATI

Dirección editorial: Canela (Gigliola Zecchin)

Diseño gráfico: Luis Scafati

Diseño de tapa: Marcelo Torres

Diagramación: Pablo García Verdeja

Roldán, Gustavo
Dragón / Ilustrado por Luis Scafati - 10ª ed. - Buenos Aires : Sudamericana, 2011.
80 p. : ilustr. ; 25x19 cm.

ISBN 950-07-1338-1

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Luis Scafati, Ilustr. II. Título
CDD A863.928 2

Primera edición: diciembre de 1997
Décima edición: julio de 2011

Impreso en la Argentina.
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.
© 1997, Gustavo Roldán
© 1997, Luis Scafati
© 1997, Editorial Sudamericana S.A.®
Humberto I 555, Buenos Aires, Argentina.

ISBN 10: 950-07-1338-1
ISBN 13: 978-950-07-1338-2

www.megustaleer.com.ar

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

Esta edición de 2.000 ejemplares se terminó de imprimir en Kalifón S.A., Humboldt 66, Ramos Mejía, Buenos Aires, en el mes de julio de 2011.

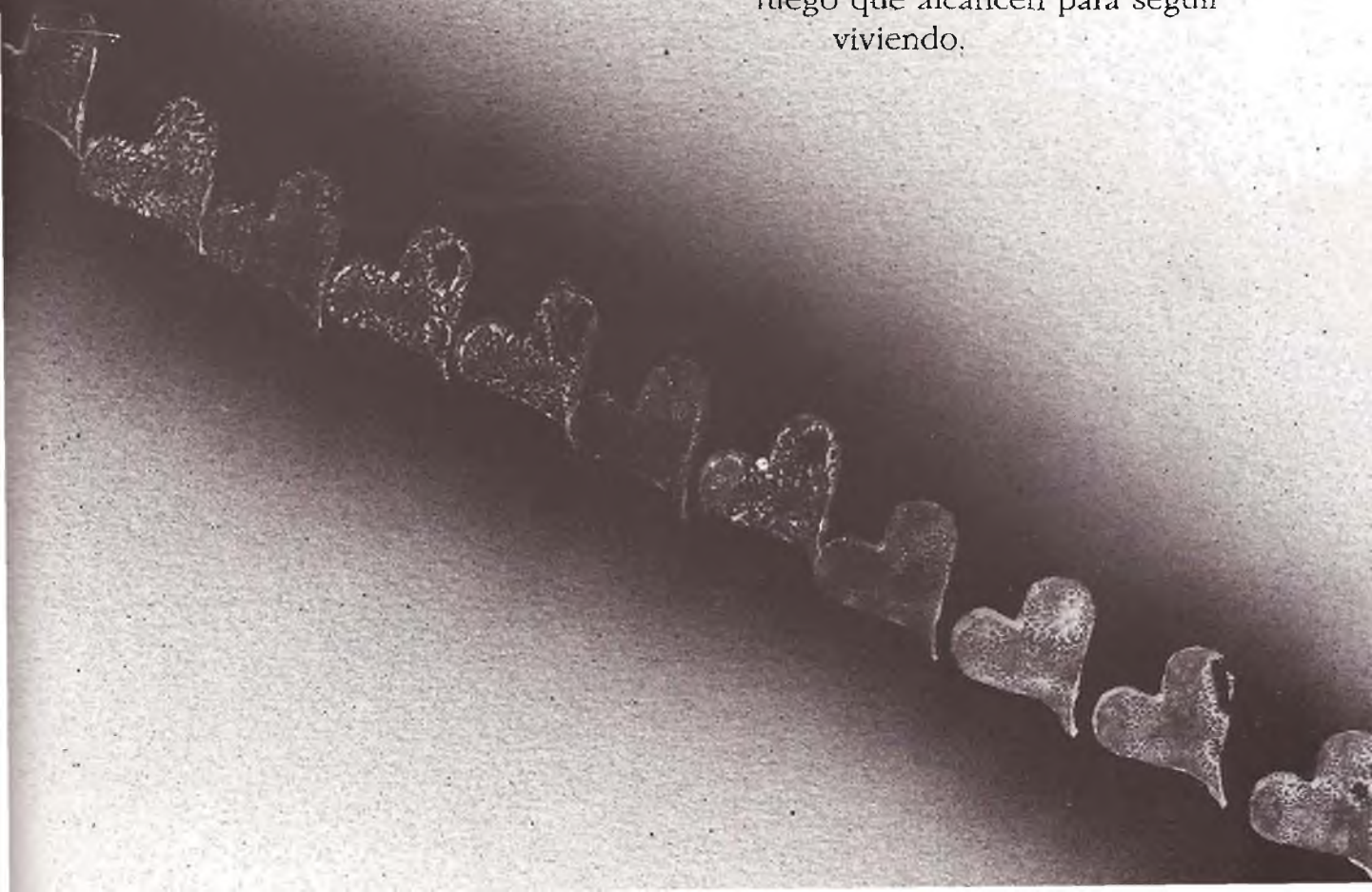
"En las manchas se ocultan dragones"

Derek Walcott

draco

Bendición de Dragón

Que las lluvias que te mojen sean suaves y cálidas.
Que el viento llegue lleno del perfume de las flores.
Que los ríos te sean propicios y corran para el lado que quieras navegar.
Que las nubes cubran el sol cuando estés solo en el desierto.
Que los desiertos se llenen de árboles cuando los quieras atravesar. O que encuentres esas plantas mágicas que guardan en su raíz el agua que hace falta.
Que el frío y la nieve lleguen cuando estés en una cueva tibia.
Que nunca te falte el fuego.
Que nunca te falte el agua.
Que nunca te falte el amor.
Tal vez el fuego se pueda prender.
Tal vez el agua pueda caer del cielo.
Si te falta el amor, no hay agua ni fuego que alcancen para seguir viviendo.



Sueño de Dragón

A los dragones les gusta soñar. Les gusta porque siempre sueñan cosas hermosas.

Los sueños de los dragones no son como los otros sueños, un humo que se va. Son sueños que van tomando forma hasta que se los mira y se los ve de cuerpo entero.

Si un dragón sueña con un árbol enorme, lleno de flores, cuando se despierta encuentra a su lado un lapacho, un ceibo o un jacarandá.

Si sueña con mariposas, apenas abre los ojos ve un mundo de mariposas con alas doradas, con alas azules, con alas de todos los colores revoloteando por el monte.

¿Cómo, si no fuera por los sueños de un dragón, podríamos entender que de repente aparezcan millares de golondrinas en el cielo? ¿Cómo podríamos explicarnos que de un día para otro el campo se llene de flores rojas? ¿Cómo podríamos entender que de la nada salga un arco iris? ¿De dónde aparece un sol radiante en medio de la lluvia?

Sólo se explica por el sueño de un dragón.

Y los dragones quedan contentos con sus sueños, porque saben que producen cosas hermosas.

Pero una vez un dragón tuvo una pesadilla. Soñó con una espantosa serpiente de siete cabezas, horriblemente perversa, que quería destruir el mundo entero.

—¡Odio las flores! —dijo una de las siete bocas.

—¡Odio los pájaros! —dijo otra mostrando los colmillos repletos de veneno.

—¡Odio a los monos! —dijo una tercera cabeza.

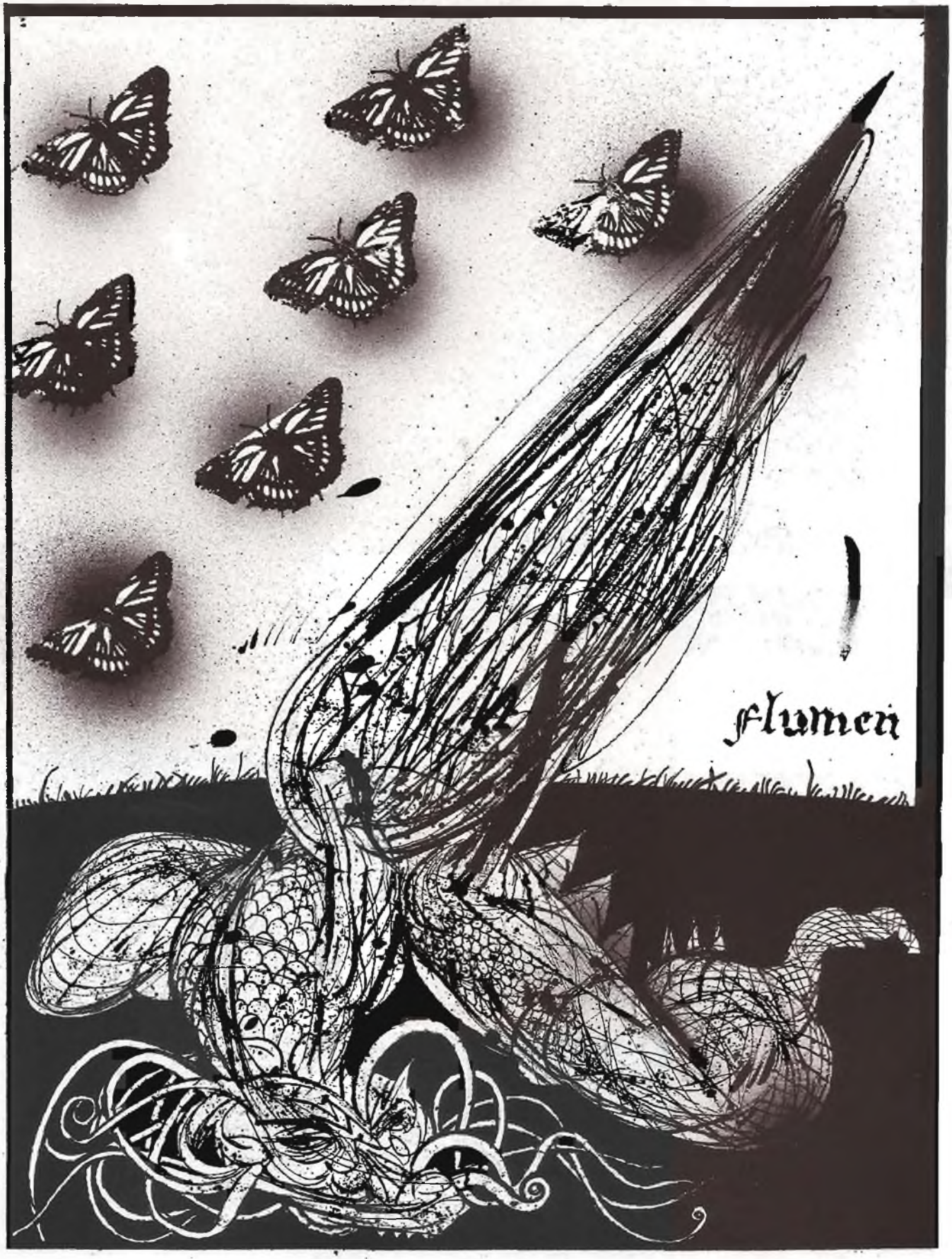
—¡Los mataremos a todos! —dijo otra.

—¡Los mataremos y los comeremos! —rugió la quinta.

—¡A los monos y a todos los animales del mundo!

—¡Y los comeremos y los comeremos y los comeremos! —dijo la séptima.

Entonces se despertó el dragón y


flumen

alcanzó a ver las siete cabezas que se perdían a la distancia buscando monos y pájaros y flores y a todos los animales del mundo para matarlos y comerlos.

—¡Qué hice! —se asustó el dragón.

Pero no había tiempo para lamentos, y corrió por el sendero marcado por la serpiente donde no quedaban ni rastros de flores ni de animales. El dragón voló y pasó por arriba de la serpiente y bajó cortándole el camino.

—¡Qué lindo dragón! —dijo una cabeza.

—¡Lo mejor para comenzar a comer! —dijo la segunda.

La tercera no habló. Ya había estirado su cuello con la velocidad de una centella hacia el cuerpo del dragón. Fue un movimiento casi invisible por la rapidez, pero el dragón, que sabía con quién había soñado, ya no estaba en ese lugar.

—¡Así me gusta! —dijo otra cabeza.

—¡Qué bien que pelea!

—¡Así nos podemos divertir!

—¡Sólo matar y comer es aburrido!

—¡Lo mejor es pelear!

—¡Pelear y matar y comer!

Y la serpiente atacó largando mordiscones para un lado y para el otro.

El dragón se las veía negras tratando de golpear con sus poderosas garras alguna de esas cabezas que nunca estaban en el lugar donde llegaba el golpe. Apenas logró en un momento rozar a la serpiente con las garras y sacarle una escama del cuerpo. Apenas una escama que voló y cayó a lo lejos.

Entonces probó con el fuego. Nada en el mundo podía resistir el fuego de un dragón. Dio un paso para atrás, resopló, y largó la llamarada roja más grande que nunca hubiera largado un dragón.

Un fuego espantoso, largo, oscuro, que recorrió todo el espacio donde estaba la serpiente. Ardieron los árboles de alrededor y la tierra despidió un humo espeso, enrojecida por el calor.

El dragón miró el humo que comenzaba a borrarse, buscando los restos de la serpiente, y se distrajo. Cuando se dio cuenta del tremendo salto de la serpiente, ya estaba envuelto en sus poderosos anillos. Las siete cabezas gritaban y reían y giraban enloquecidas.

—¡Dragón estúpido! ¿No sabías que no hay nada que nos guste más que el fuego?

—¡El fuego nos entusiasma como ninguna otra cosa!

El dragón tiraba tremendos

golpes, pero las cabezas siempre estaban en otro lugar, y los anillos de la serpiente apretaban cada vez más.

Entonces el dragón voló, voló hasta muy arriba, cerca de las estrellas, donde el frío es como el espanto y todo se convierte en un hielo de muerte que sólo aguantan los dragones.

—¡Eso, un poco más alto! Después del fuego no hay nada que nos guste más que el frío —gritaron las siete cabezas.

Entonces el dragón bajó, bajó como una flecha, y se zambulló en el medio del río, en esa zona profunda donde no llegan ni los peces. Así ahogaría a la serpiente.

—¡Eso, eso! —gritaron las siete cabezas—. Nada nos gusta más que estar bajo el agua. Pero después queremos otro poco de fuego.

La serpiente seguía enroscada en el dragón.

Siete días y siete noches volaron, lucharon, cayeron, nadaron, subieron, bajaron, siempre como un solo cuerpo. Sin descansar. Al final, en un descuido de la serpiente, el dragón logró escapar de sus anillos. Pero ya no sabía qué hacer.

Había probado todas sus argucias y había usado toda su fuerza de dragón, pero la serpiente parecía invencible.

—¡Nos estamos divirtiendo como nunca! —gritaron las siete cabezas.

—¡Jamás nos había pasado algo tan hermoso! ¡Te queremos, dragón! ¡Que esta pelea no se acabe en mucho tiempo!

—¡Nos aburren las peleas tontas con animales tontos!

—¡Queremos pelear y pelear y pelear!

—¡Atacá de nuevo, dragón! ¡Te estamos esperando!

El dragón retrocedió un poco.

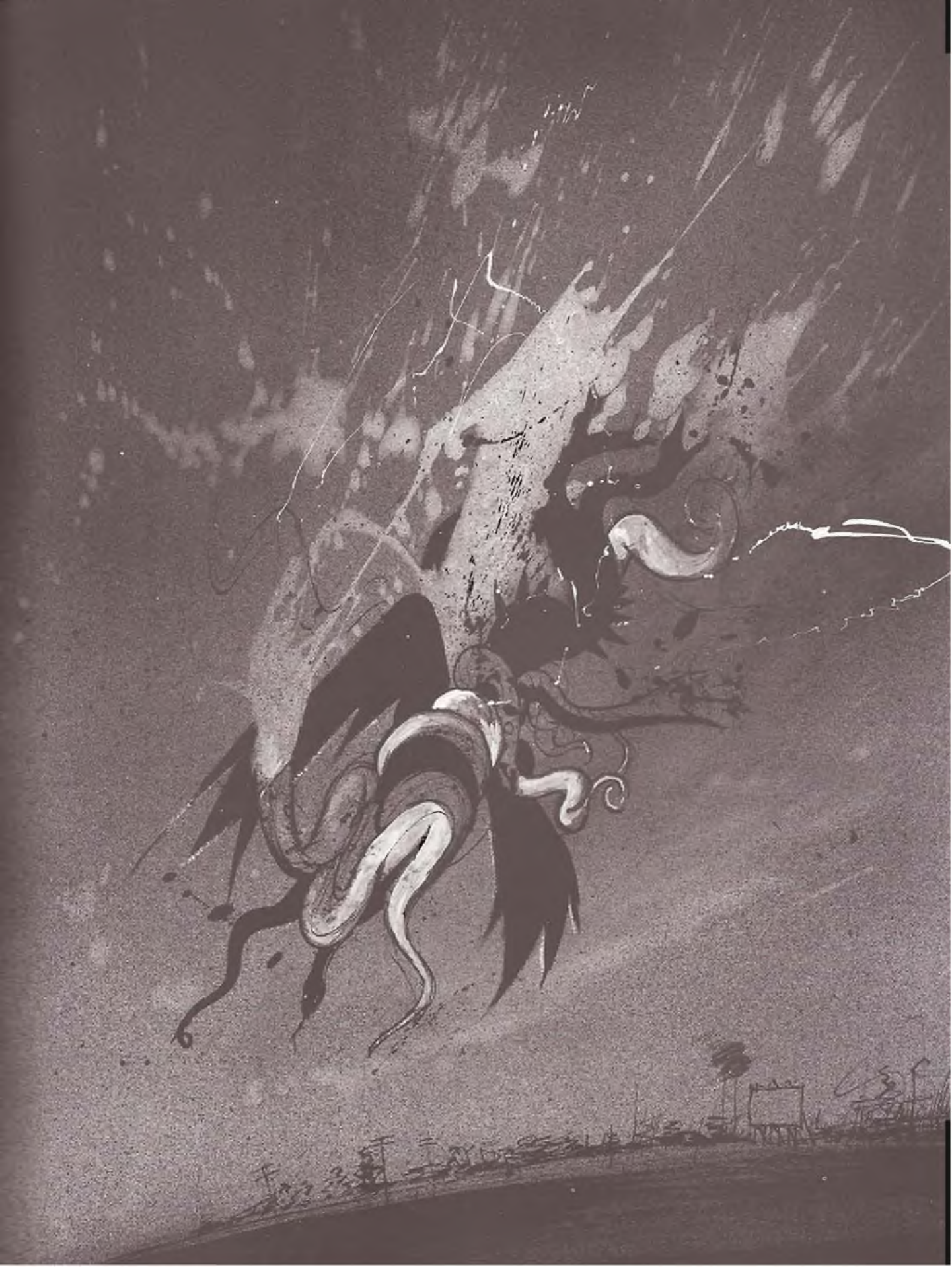
—¡Estás escapando, dragón cobarde!

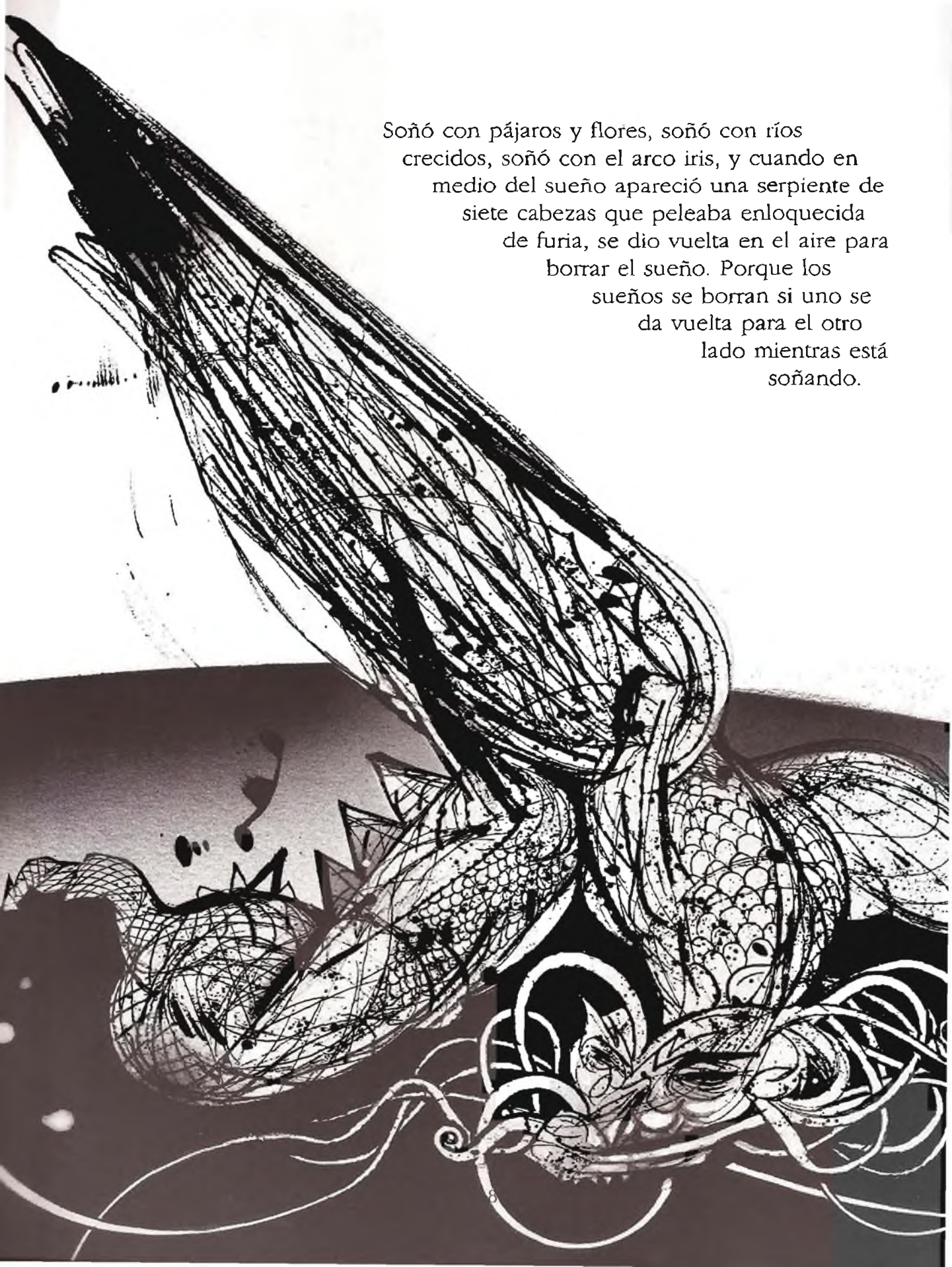
El dragón pensó en volar, volar muy alto y muy lejos, y olvidarse para siempre de esa serpiente. Pero entonces ella mataría a todos los animales. No había caso. Escapar no servía. Pero si... quizás sí podría servir...

El dragón voló hacia lo alto. Subió y subió, burlándose de la serpiente, mientras las siete cabezas lo llenaban de insultos. Y llegó hasta el lugar más alto, arriba de todas las nubes y las sombras. Entonces planeó en círculos. En grandes círculos, dejándose llevar por el viento.

Y allí, mientras planeaba, cerró los ojos y se durmió.

Ya sabía lo que tenía que soñar. Y soñó.





Soñó con pájaros y flores, soñó con ríos crecidos, soñó con el arco iris, y cuando en medio del sueño apareció una serpiente de siete cabezas que peleaba enloquecida de furia, se dio vuelta en el aire para borrar el sueño. Porque los sueños se borran si uno se da vuelta para el otro lado mientras está soñando.

La serpiente se borró. Se borró de golpe, sin dejar ningún rastro de serpiente.

Entonces el dragón abrió los ojos. Estaba cansado, pero voló muy rápido para volver a ver el sitio de su pelea.

El lugar estaba como antes. Como siempre. Estaban los árboles y las flores. Estaban las mariposas y los monos. Y no había rastros de la serpiente. Ningún rastro de la pelea: Apenas una escama que brillaba y no brillaba en el suelo.

Pena de Dragón

Larga y negra es la pena de un dragón.

Nunca se sabe de dónde le viene la pena, pero cuando llega, el mundo se oscurece y todos creen que hubo un eclipse, de repente el sol queda tapado y los pájaros dejan de cantar.

Porque el tamaño de la pena de un dragón es igual al tamaño del sol, y la pena vuela y se instala justo allí, en ese lugar donde estaba la luz.

Entonces los pájaros dejan de cantar y se esconden en sus nidos, las flores se cierran suavemente, confundidas, y las hormigas se van a la cueva más honda, con un desasosiego que las hace chocar unas contra otras equivocando su camino.

Nadie puede saber cuándo les llega la pena a los dragones. Ellos tampoco. Simplemente, en algún momento, los invade una sensación de estar equivocados, de estar en un lugar que no es su lugar.

Entonces los cubre la pena, como una sombra larga, amarga, y su enorme corazón de dragón hace un ruido de ríos que desbordan, de vientos de furia que pasan arrasando los árboles y desgastando las montañas.

Mucho tiempo dura la pena de un dragón. Por lo menos a ellos les parece un tiempo muy largo y muy lento.

Pero no debe ser cierto. Si fuera cierto el mundo se terminaría, porque no puede estar cien años en la oscuridad. Porque ése es el tiempo que creen los dragones que les dura la pena.

Tal vez no sea sino un pequeño rato del tamaño de un suspiro, pero ellos sienten que una pena tan enorme tiene que durar un tiempo tan enorme. Los dragones, que saben muchas cosas, no tienen una medida exacta del tiempo de afuera y del tiempo de adentro de su corazón.

dzaco posta
proredus est m tez

Juego de Dragón

A los dragones les gusta jugar. Cuando están solos les gusta jugar a imaginar. Pero cuando están juntos un dragón y una dragona les gusta todavía más, porque juegan a imaginar de a dos, que es mucho mejor.

Eso sí, juegan a imaginar después de haberse amado a más no poder, porque les gusta estar amándose a cualquier hora y en cualquier lugar. Entonces se miran y se ríen, y el dragón dice:

—Pájaro volador.

—Flecha con alas —dice la dragona.

—Peces enojados —dice el dragón.

—Río revuelto —dice la dragona.

—Atardecer —dice el dragón.

—La hora del amor —dice la dragona.

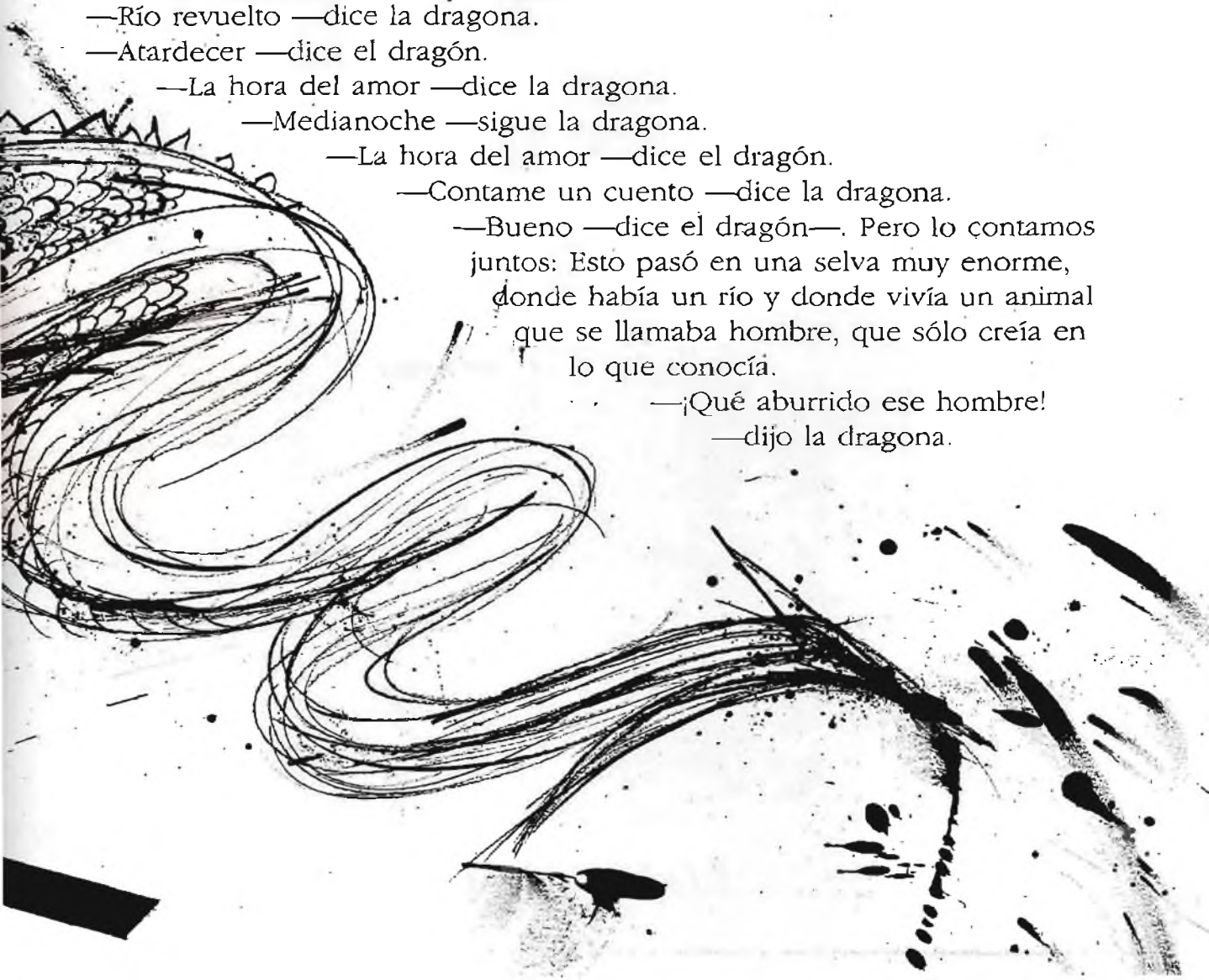
—Medianoche —sigue la dragona.

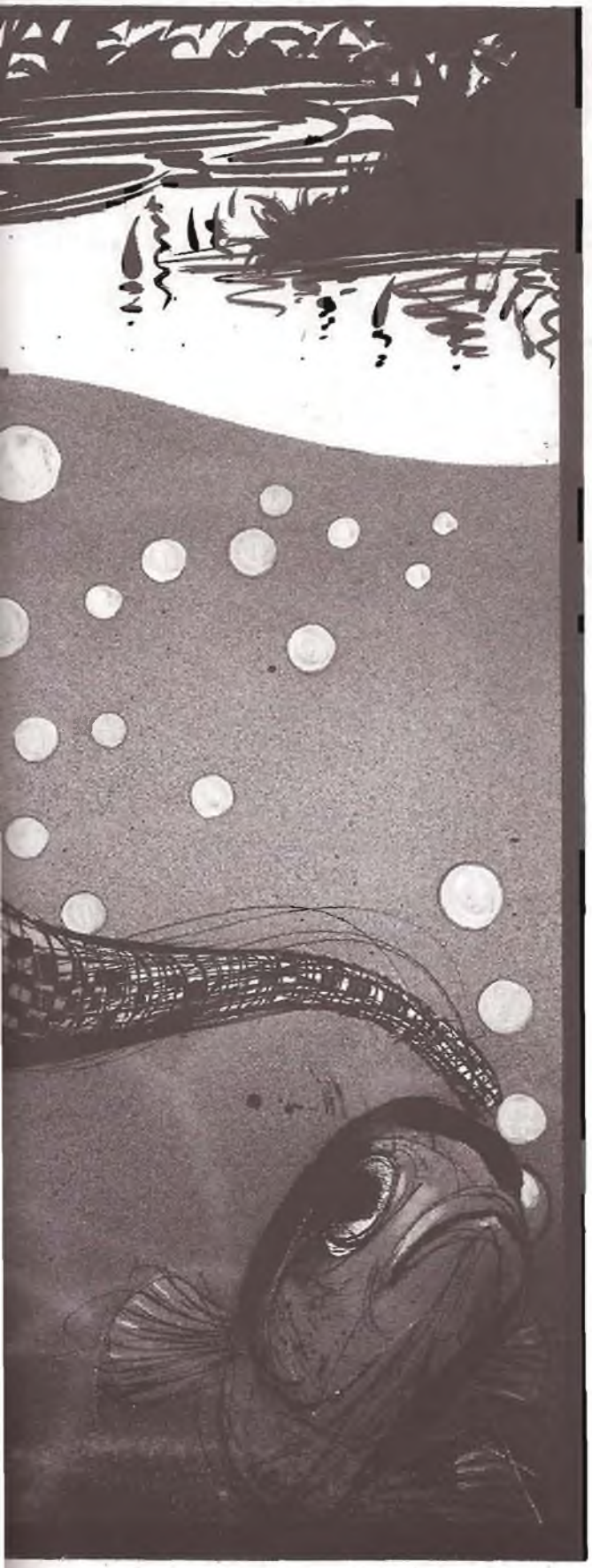
—La hora del amor —dice el dragón.

—Contame un cuento —dice la dragona.

—Bueno —dice el dragón—. Pero lo contamos juntos: Esto pasó en una selva muy enorme, donde había un río y donde vivía un animal que se llamaba hombre, que sólo creía en lo que conocía.

—¡Qué aburrido ese hombre! —dijo la dragona.





—Hay un animal muy hermoso que se llama yacaré —le contó un día el mono al hombre.

—Bah, ese yacaré no existe —dijo el hombre.

—Sí existe —dijo el mono—, y vive no muy lejos de aquí. Hay muchísimos, se ponen uno al lado del otro, junto al río, y se quedan horas y horas tomando sol.

—Eso sí que no puede ser.

—Sí puede ser —dijo el mono—, y tienen una boca enorme llena de dientes y pueden cortar un árbol de un mordiscón.

—No creo que exista ese yacaré.

—Es un animal peligroso cuando alguien lo molesta. Y lo que más lo hace enojar es que alguien diga que no existe.

—Bah, yo lo digo. Y además, si existiese, se lo diría en su propia cara.

—Como usted quiera, pero no vaya hacia la costa, allá, después de la curva del río. Está lleno de yacarés.

—No me molestaría ni un segundo en averiguar, pero justamente tengo que ir para ese lado. Después te contaré que no existe nada que se le parezca.

—Cuidado, que son peligrosos. Están quietos, como si fueran troncos, pero se pueden enojar.

Y el hombre que no creía en lo

que no había visto nunca se fue para el lado de la curva del río.

—¿Era cierto que ahí estaban los yacarés? —preguntó la dragona.

—¿Vos qué opinás? El cuento lo estamos haciendo juntos.

—Yo digo que no estaban, que sólo había un montón de garzas blancas a la orilla del río.

—Bueno, pero no estaban porque justo en ese momento se habían metido en el agua. Cuando un yacaré se mete en el río, los otros creen que vio algo para comer y se van todos de cabeza al agua.

—Entonces no había ni rastros de yacaré —siguió la dragona—, y el hombre dijo: "Yo tenía razón, los yacarés no existen. Voy a volver para contarle al mono que eran todas mentiras". Y así se lo dijo. Pero el mono insistió. "Sos un mono mentiroso —le dijo el hombre—, lo único que existen son las garzas blancas." Dragón, ahora te toca seguir el cuento.

—Bueno —dijo el dragón—. Pero el hombre tenía que volver a la curva del río al otro día. Y si antes había dudado un poco, ahora estaba seguro de que los yacarés no existían.

—Sigo yo —dijo la dragona—. Y el hombre volvió... Pero no me animo a terminar el cuento. Mejor lo dejamos así.

—No, no, eso es trampa —dijo el dragón.

—Solamente veo dos soluciones y no me gusta ninguna.

—¿Qué soluciones?

—Una, que se encuentra de golpe con todos los yacarés y los yacarés lo comen de un solo bocado. Por no creer en las cosas que no conoce. Y la otra, que los ve desde lejos, se asusta, y puede escapar sin que le hagan nada. Pero tampoco me gusta.

—¿Entonces qué hacemos? —dijo el dragón—. Dijimos mono, hombre y yacaré, y ahora andan por ahí. Andan por una selva que también tiene un río. Si los nombramos, ahora existen. Dragona, si uno comienza a imaginar hay que atenerse a las consecuencias. Los hicimos vivir y andan por ahí esperando que terminemos la historia.

—Bueno, pero no fue mala idea la de hacer un hombre, un mono y un yacaré, y también las garzas. Y la selva y el río.

—La del mono y el yacaré me parecen lindas ideas. Las garzas también. La del hombre, no sé —dijo el dragón.

—Hacía falta para el cuento. ¿Cómo sabríamos que el mono y el yacaré y la selva y el río son lindas ideas si no tuviésemos otra para comparar?

—Eso es cierto. Y ya que estamos en el baile, bailemos.

—¡Qué buena idea, dragón!, ¿qué querés bailar? Tengo ganas de bailar.

—No. Yo decía que si nos ponemos a imaginar cosas, y después esas cosas aparecen en el mundo, tenemos que hacernos cargo.

—Entonces dejemos que el yacaré se coma al hombre, y se acabaron los problemas.

—No, dragona, vos dijiste que hacían falta los contrarios para entender mejor. Tenemos que dejar que exista también el hombre.

—Dragón, mirá que puede traernos problemas cada vez peores. Pinta muy feo y me da un no sé qué.

—Dragona, tampoco hay que prejuzgar tanto. Quién te dice...

—Bueno, pero hacé algo con ese bicho que no cree en lo que no conoce.

—Está bien. Hagamos que en el cuento el hombre vaya por otro camino, no se cruce con los yacarés, y después que se las arregle como pueda. Otro día haremos un cuento más lindo.

—Así me gusta más. Y tené cuidado con lo que imaginás, dragón, para no meter la pata. Y ahora imaginemos la más linda de las músicas y volemos y bailemos.

Y fue una música de olas y de alas, de planetas que giran y de soles que alumbran, de colores que cambian y se mezclan con el sonido de las olas. Y el dragón y la dragona bailaron y volaron y se amaron muy alto, arriba de las nubes, donde los vientos y la música son una sola cosa, mientras allá lejos, abajo, el hombre le decía al mono: "Sos un mono mentiroso. Los yacarés no existen ni existirán nunca".

Llanto de Dragón

Los dragones también lloran.

No es frecuente, porque no les gusta llorar. Pero a veces lloran. Lloran cuando nadie los ve, por eso no hay quién crea en el llanto del dragón.

Entonces crecen los ríos y desbordan, incontenibles; los mares se alborotan y las olas golpean en las rocas de las orillas bramando de desasosiego y de furia.

Los dragones lloran silenciosamente, vertiendo tristes lágrimas, infinitas lágrimas tristes, que hacen surcos en la tierra y caen al río y caen al mar y los ríos y los mares se encrespan y crecen y desbordan.

Entonces los dragones vuelan hasta lo más alto, para no llenar de lágrimas la tierra. Pero no resuelven nada, porque las lágrimas ahora son una inmensa lluvia que sigue mojando la tierra y llenando los mares.

Al final dejan de llorar. Nunca se sabe por qué. Como tampoco se sabe por qué comienzan a llorar.

Son cosas de dragones nomás.

El baile de las sombras

uiero pelear, dragón —dijo la dragona.

El dragón no contestó nada. Simplemente voló, convertido en mariposa.

—Las golondrinas pueden comer una mariposa —dijo la dragona, y voló convertida en una golondrina.

Golondrina y mariposa subieron y subieron, y cuando la golondrina ya casi mordía el ala de la mariposa, la mariposa se convirtió en halcón.

—Los halcones pueden comerse a una golondrina —dijo el dragón.

—Las golondrinas vuelan más rápido —dijo la golondrina haciendo un giro en el aire y colocándose encima del halcón para picotearle la cabeza.

El halcón se lanzó en una violentísima caída y se metió entre las ramas de un árbol.

La golondrina bajó hasta el árbol, pero allí no había ningún halcón.

—Te escondiste, dragón —dijo la golondrina—. Igual te voy a encontrar.

La dragona miró rama por rama, buscando alguna oruga que pudiese ser el dragón. Miró rama por rama, y no se dio cuenta de que una rama se movía y se acercaba lentamente hacia ella. Cuando vio a la serpiente abriendo su enorme boca ya era tarde para escapar.

Y la serpiente mordió, pero mordió la cáscara de una tortuga. La tortuga se convirtió en ratón y saltó al suelo. La serpiente se convirtió en un águila que voló hacia el ratón, pero cuando llegó al suelo casi choca con un jabalí de inmensos colmillos.

Un jabalí es demasiado para un águila, no para el puma que rugió mientras saltaba.

El salto del puma terminó en el aire vacío. Allí no había nada. Nada más que una hormiga que se metía rápidamente en un profundo agujerito del tamaño de una hormiga.

—Para una hormiga, nada mejor que un oso hormiguero —dijo el puma que ya no era puma sino oso hormiguero, mientras metía su larguísima lengua buscando a la hormiga.

Y la encontró, y la hormiga salió pegada en la lengua del oso hormiguero.

—Me ganaste, dragón —dijo la hormiga convirtiéndose otra vez en dragona—, y ahora me puedo comer a un oso hormiguero que debe ser muy sabroso.

Pero el dragón otra vez era dragón.

—Bueno, basta —dijo el dragón—. Me cansé de pelear.

—Fue divertido —dijo la dragona—. Te viste en apuros más de una vez.

—Bah, lo hice para dejarte contenta, pura amabilidad de mi parte.

—¿Sí? —dijo la dragona—. Lo que pasa es que no te gusta perder.

—Dragona, me estás provocando. No me queda más remedio que invitarte al baile de las sombras.

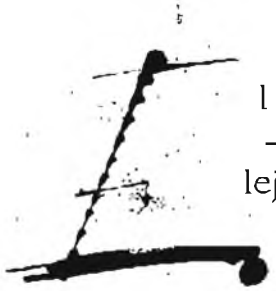
—Eso me gusta más. Bailemos, dragón, bailemos el baile de las sombras.

Y los dos dragones se elevaron mirando sus sombras. Las sombras eran enormes y llenaban de oscuridad la tierra. Subieron y subieron, hasta que sus sombras en el suelo se veían apenas del tamaño de las sombras de una paloma.

Entonces giraron en el aire y las sombras giraron en la tierra, moviéndose muy lentamente. Y se juntaron los dragones en el aire y se juntaron las sombras en la tierra. Y juntaron las cabezas y en la tierra apareció la sombra de una mariposa. Y juntaron ala con ala, cola con cola, un ala sobre otra ala, y en la tierra fueron apareciendo diferentes figuras de animales conocidos y de animales desconocidos. Y bailaron el baile de las sombras hasta que el sol dejó de alumbrar desde arriba, porque el baile de las sombras sólo se puede bailar cuando el sol está en lo más alto del cielo.

Cuando bajaron, todo el campo estaba cubierto de flores. Tal vez porque el baile de una pareja de dragones, necesariamente, tiene que hacer que todo el mundo se llene de flores.

El día del Dragón



El viento comenzó a soplar de una manera perfecta.

—¡Arriba, sol! —dijo el dragón, y el sol se asomó en la lejanía.

—¡Pájaros! —dijo el dragón.

Y los pájaros volaron de rama en rama y sus silbos cubrieron los árboles de alegría.

—¡Jaguar! —dijo el dragón, y un rugido profundo brotó de la espesura.

—¡Luz, más luz!

Y el sol se levantó por encima de los árboles llenando el mundo de colores.

—¡Águilas, halcones! —dijo el dragón—, y el cielo se pobló de grandes círculos que planeaban haciendo dibujos entre las nubes.

—¡Son hermosos! —dijo el jaguar acercándose—. Lo único que envidio en el mundo es la forma de volar de un águila o de un halcón. No entiendo por qué los jaguares no podemos volar. Creo que eso es injusto.

—Tal vez —dijo el dragón—, pero tal vez no.

—Puede ser —dijo el jaguar—, pero sería hermoso.

—Tenés demasiadas cosas, jaguar, para andar protestando.

—Sí, pero nada me impide soñar. Y cuando sueño, sueño que vuelo como un águila. Todos los jaguares soñamos lo mismo. Es hermoso soñar..

—Bueno, voy a hacer algo que te gusta. ¡Viento! —dijo el dragón.

Y el viento aumentó su fuerza agitando las ramas de los árboles y haciendo ondular las aguas del río.

El jaguar comenzó a correr. Corrió en contra del viento deslizándose con pasos imposibles que apenas tocaban la tierra, sintiendo la fuerza del aire que era como una enorme pelea que debía vencer en cada salto.

Corrió hasta perderse a lo lejos.

—¡Lobos, unicornios, sirenas! —siguió el dragón.

Y lobos, unicornios y sirenas llenaron la selva de rumores.

—¡Hormigas, mariposas, langostas, chicharras, ratones! —dijo el dragón—. Es injusto dejar para el final a los más chicos. Juro que desde mañana haré las cosas al revés.

Y llenó los ríos y los mares de peces. Y los árboles, de frutos y de flores. Y nombró todo lo que faltaba nombrar. Después suavizó los vientos. Entonces descansó. Fue una hermosa mañana.

Tiempo de Dragón

Cómo pasa el tiempo para un dragón? Nadie lo sabe, salvo los dragones, que jamás hablan de eso.

Si se supiera, seguramente habría menos dudas en el mundo. Pero los dragones no lo dicen. ¿Por qué habrían de decirlo?

A los dragones les gustan los secretos, y éste, tal vez, sea uno de sus grandes secretos. Además no les gusta que se hable de ellos. Prefieren ocuparse de las cosas de dragones y dejar que los demás se ocupen de lo que tengan ganas.

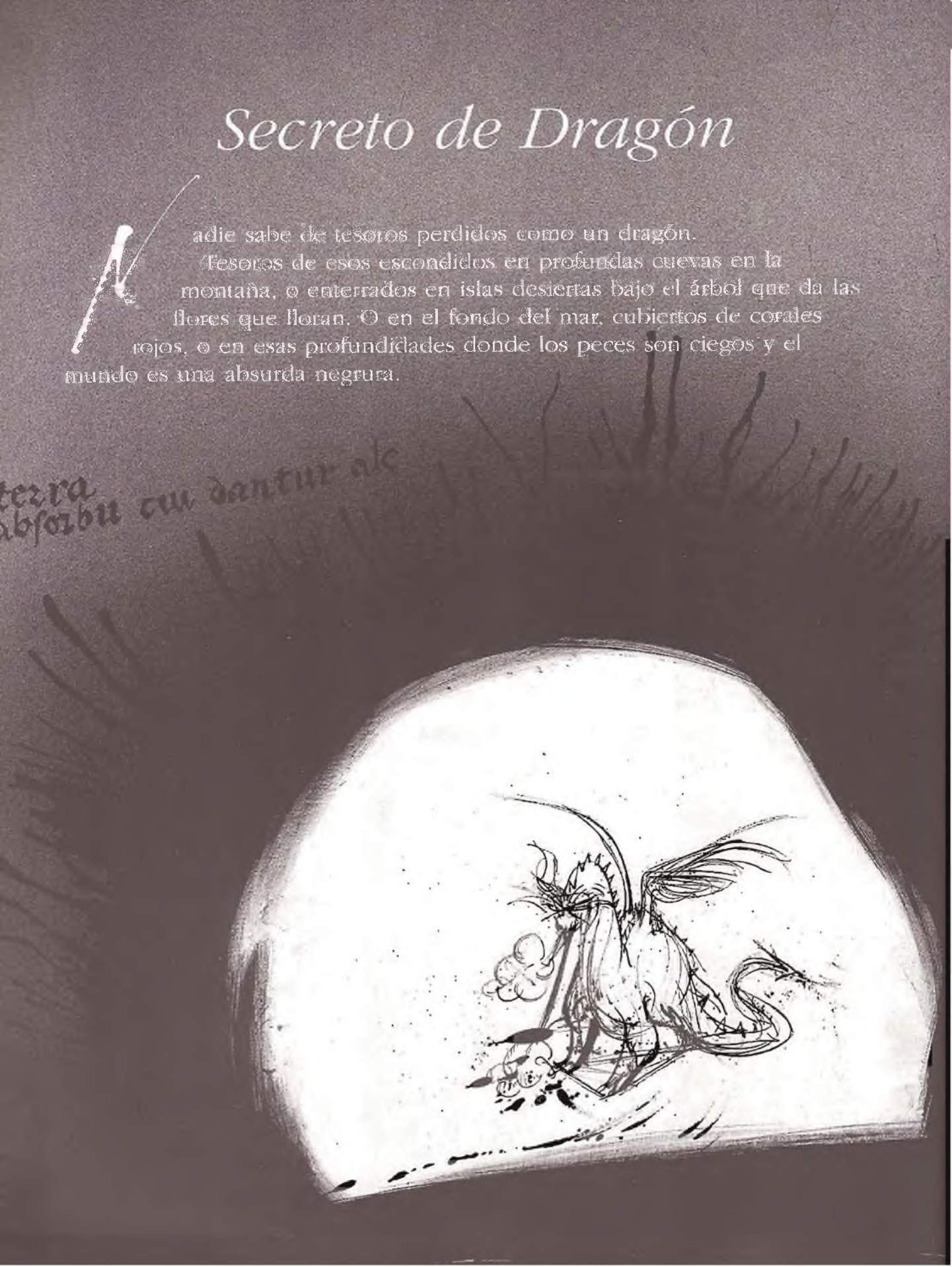
Muchos dicen que los dragones desconocen el tiempo. O que no les importa. Que sólo viven con intensidad un presente que nunca se acaba. El ayer ya pasó y el mañana es una invención de algo que no existe. Ningún dragón cree en el mañana.

Eso dicen los que conocen algo del tema, pero nadie lo sabe con seguridad. Tal vez sí, tal vez no.

La única manera de salir de la duda sería preguntarle a un dragón. Pero es difícil que quiera contestar.

Secreto de Dragón

Nadie sabe de tesoros perdidos como un dragón. Tesoros de esos escondidos en profundas cuevas en la montaña, o enterrados en islas desiertas bajo el árbol que da las flores que lloran. O en el fondo del mar, cubiertos de corales rojos, o en esas profundidades donde los peces son ciegos y el mundo es una absurda negrura.



Nadie sabe de tesoros como un dragón, aunque nunca quedó en claro si lo adivina, y efectivamente donde busca está escondido un tesoro, o si el tesoro comienza a existir cuando un dragón dice "allí hay un tesoro".

Pero eso no le importa a ningún dragón. Lo que le importa es encontrar enormes tesoros de perlas y piedras preciosas de todos colores, de esas que alumbran en la oscuridad.

Vuela a lo más alto de la montaña, hasta los picos inaccesibles, y penetra bajo los hielos que existen desde siempre y donde se esconden cuevas secretas, o al lugar más oscuro del mar, y regresa con inmensas cantidades de piedras preciosas que hacen que la noche se ilumine con luces y reflejos de colores.

Entonces desparrama las piedras ante los ojos asombrados de una dragona que se enamora a más no poder en medio de las luces que brillan.

Y juegan. Y se aman. Y bailan el baile de las sombras durante un día y otro día y otro día.

Cuando se cansan de jugar tiran las piedras, una por una, en lo más profundo del río, donde es más poderosa la corriente, para que el río las lleve hasta algún lugar secreto donde vuelvan a convertirse en un tesoro perdido.

Muchos se preguntan por qué tiran las piedras preciosas. Los que se preguntan no entendieron ni van a entender nunca a los dragones. No entendieron que lo divertido es buscar el tesoro.

Tiran las piedras de colores para que otro dragón, alguna vez, vuelva a jugar a encontrar un tesoro. Y después pueda bailar el baile de las sombras.

El fuego del Dragón

Las noches de luna llena los dragones bailan el baile de la luna. Y son felices. Tan felices como en esas noches en que la luna es apenas una línea curva que casi no aparece en el cielo.

Porque ésas son las noches del fuego.

Vuelan buscando grandes árboles caídos, grandes troncos partidos por el rayo, y los van amontonando hasta formar una montaña.

Después rodean esa montaña de troncos y lanzan grandes llamaradas que los hacen arder en un instante.

Los dragones aman el fuego. Miran las llamas de colores cambiantes. Y sueñan despiertos. Son felices viendo el chisporroteo de los troncos y la danza infinita de las lenguas de fuego que se levantan y ondulan en un baile que no tiene principio ni fin.

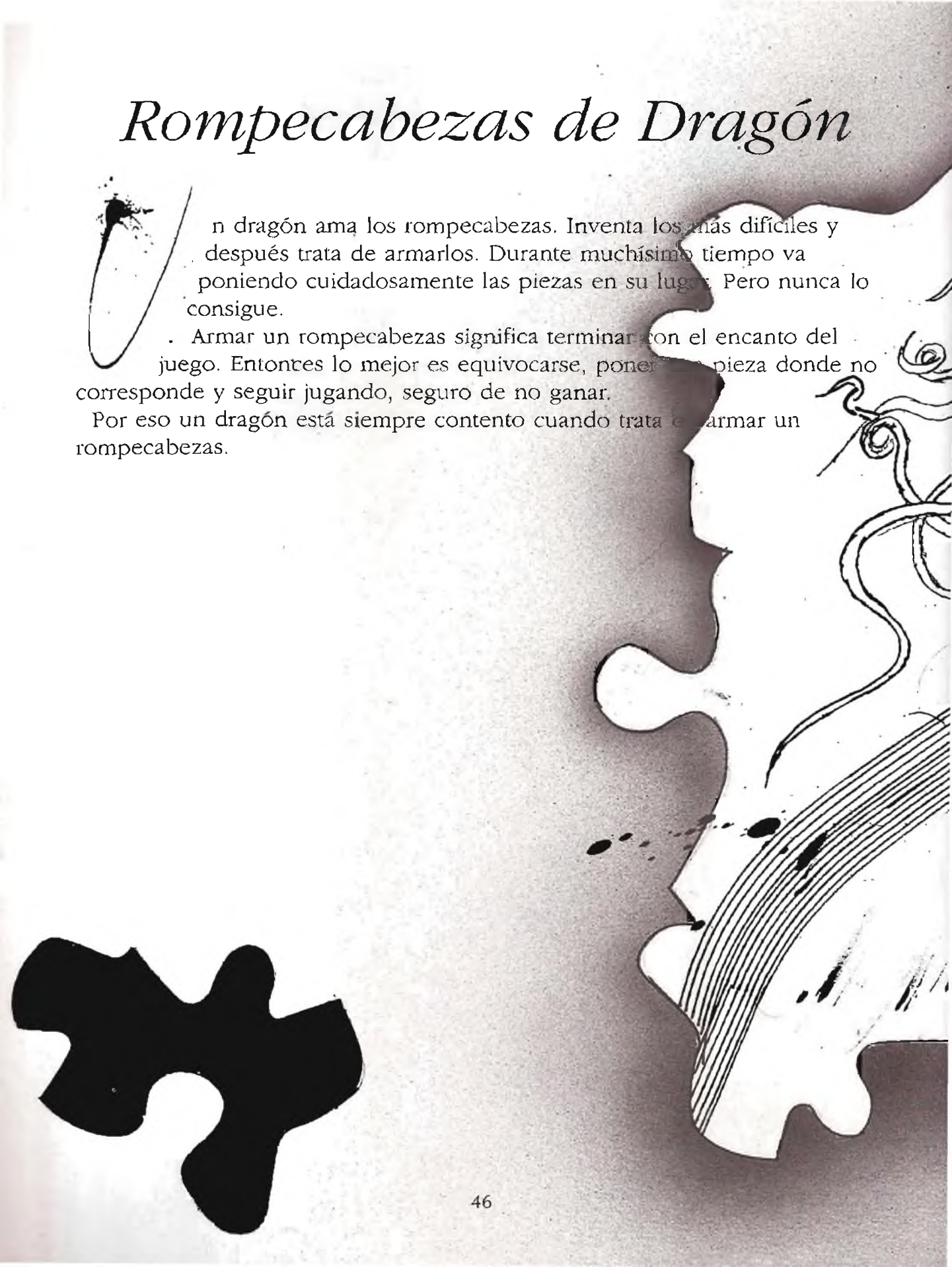
Es una historia repetida desde siempre. Ningún dragón sabe por qué, pero saben que siempre fue así, y que es bueno que sea de esa manera.

Rompecabezas de Dragón

Un dragón ama los rompecabezas. Inventa los más difíciles y después trata de armarlos. Durante muchísimo tiempo va poniendo cuidadosamente las piezas en su lugar. Pero nunca lo consigue.

Armar un rompecabezas significa terminar con el encanto del juego. Entonces lo mejor es equivocarse, poner una pieza donde no corresponde y seguir jugando, seguro de no ganar.

Por eso un dragón está siempre contento cuando trata de armar un rompecabezas.



Mirada de Dragón

Aunque los dragones saben mucho, siempre tienen una mirada llena de asombro. Se asombran de las cosas que no conocen y de las cosas que conocen. A todo lo que conocen lo miran con ojos nuevos cada día y, si la mirada es nueva, las cosas son diferentes. Entonces se sorprenden de que haya tantas cosas nuevas en el mundo y les parece hermoso conocerlas.

—¡Qué hermosa flor! —dice un dragón negro.

—¡Muy hermosa! —contesta otro—. Es parecida a la que estaba ayer en este lugar.

—Sí, pero la que vimos ayer era cuando el sol estaba alto; ésta, con un sol de atardecer, me parece más hermosa.

—¡Qué hermosa flor! —dice el mismo dragón al amanecer del día siguiente.

—Sí —contesta el otro—. Muy parecida a otra que ya vimos. Pero con los rayos del sol del amanecer ésta es más linda.

Y vuelan hasta las montañas más altas, ésas donde las nieves están desde el primer día del mundo, contentos por haber descubierto una flor nueva. Entonces un dragón le dice al otro:

—¡Qué hermosa montaña! ¡Tiene toda la nieve del universo!

Y los dos sobrevuelan en grandes círculos el pico de esa montaña que acaban de descubrir y que ya sobrevolaron mil veces.

Miedo de Dragón

Hubo una única cosa en el mundo a la que el dragón negro le tuvo miedo. Le tuvo miedo durante mucho tiempo, pero al final no. Y era a su propia sombra.

Le temía porque no terminaba de entender la magia de las sombras. Esa magia que todavía lo sorprende moviéndose y cambiando según él se mueva o cambie de forma. Pero además aprendió a tenerle un enorme respeto, porque es lo único que puede volar tan rápido como un dragón.

Ya se sabe que no hay nada que pueda alcanzar la velocidad de un dragón, pero nunca pudo ganarle a la sombra, ni corriendo ni volando, ni tratando de esconderse en lo más profundo del mar por largas horas. Apenas cree que pudo engañarla se encuentra con que ahí mismo, pegada a su lado, está esa sombra de la que creía haber escapado.

Y lo que menos comprende es cómo las sombras le adivinan las intenciones más secretas de sus juegos.

Un dragón es feliz cuando juega a transformarse, porque ahí está la sorpresa más grande.

Apenas un dragón se ha convertido en una golondrina, la sombra es de golondrina. Si se vuelve un jaguar, la sombra es de un jaguar. Si se transforma en hormiga, en puma, en árbol, la sombra es de hormiga, de puma, de árbol.

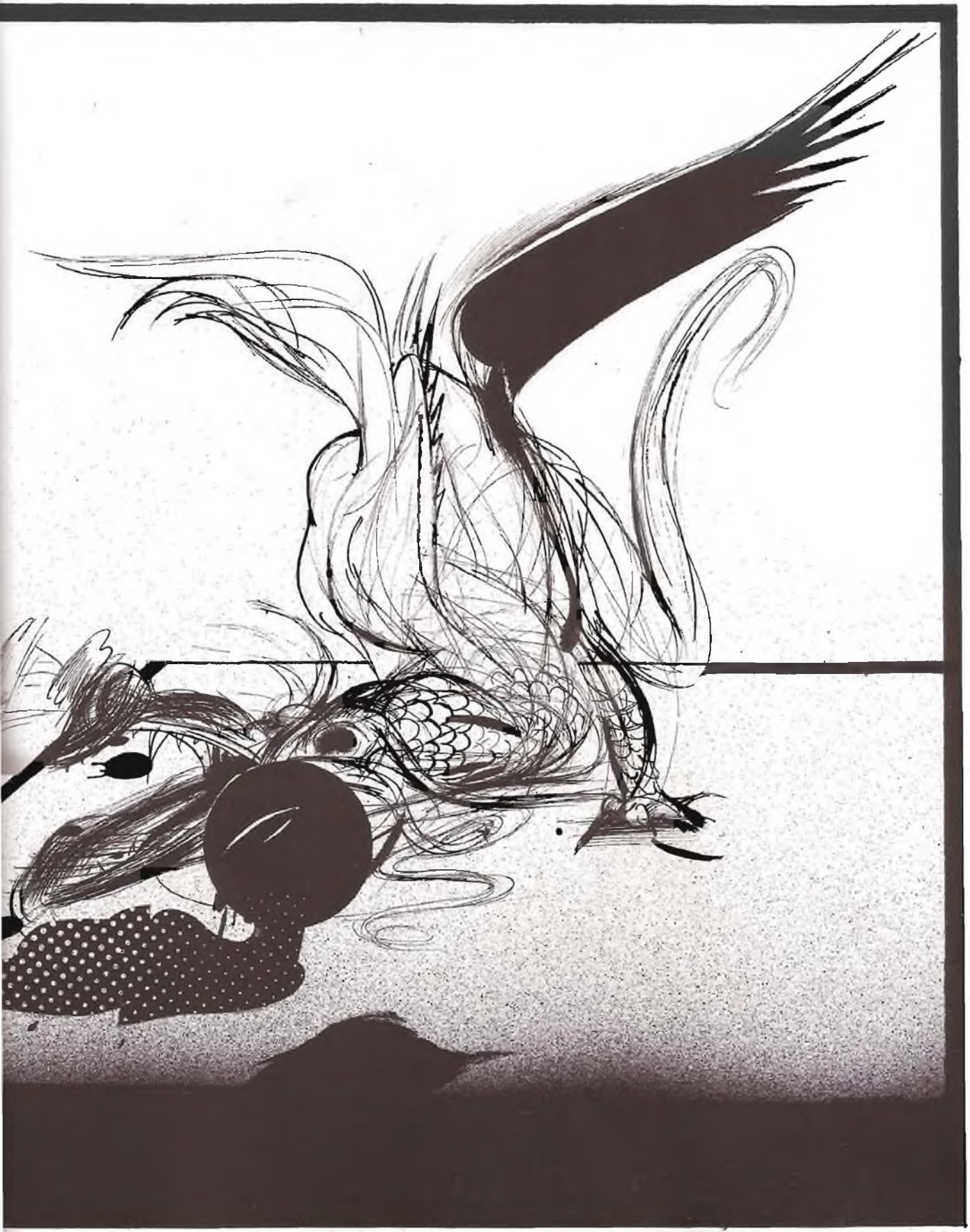
Muchas veces creyó engañarla remontando el vuelo más alto, mirando cómo la sombra se quedaba aplastada en el suelo, pero bastaba que volviese para encontrarla otra vez pegada a su propio cuerpo.

Las sombras siempre repiten, minuciosamente, lo que puede hacer un dragón. Además, y esto es ya del todo incomprensible, actúan por su cuenta. A veces se achican y a veces se agrandan. A veces son de una enorme largura, sobre todo al atardecer, y otras veces —el dragón negro sostiene que es a mediodía—, apenas una manchita pegada a las patas. Y a veces parecen no estar más. Sobre todo de noche.

Nunca hubo en el mundo nada que confundiera tanto a los dragones. Entonces pensaron que había que tenerle miedo a la sombra. Después vieron que era muy tonto ese miedo.

Es una compañía que jamás los abandona, que jamás hace daño. Así fue como terminaron, entre juegos y peleas, inventando el baile de las sombras, el baile preferido de un dragón, porque sólo lo bailan los dragones enamorados.

Ya no le tienen miedo a la sombra. Pero la respetan, saben que es lo único tan poderoso como un dragón.



Confianza de Dragón

A los dragones los pierde la confianza. Cualquier dragón cree todo lo que se le dice. Eso lo saben sus enemigos, y siempre se aprovechan de su credulidad.

Pero los dragones no aprenden. Mejor dicho, se niegan a aprender. Se niegan a sospechar de cualquier otro animal mientras no tengan un motivo para hacerlo.

Y cuando tienen motivos para sospechar, creen que a lo mejor las cosas cambiaron.

Pero no, es muy raro que las cosas cambien.

Aunque también cabe la posibilidad.

Tal vez tengan razón los dragones.

Palabras de Dragón

Juguemos a las palabras —dijo la dragona.

—¡Lobo! —dijo el dragón negro, y dos ojos centellearon y cuatro colmillos gruñeron en la negrura de la noche.

Al dragón negro le gustó lo que había hecho. Tal vez fuera un animal feroz, tan feroz como un escándalo, pero era indomable, y tenía ese detalle especial de aullarle desesperadamente a la luna llena, esa luna que muchas veces se iba a detener para contemplarlo y escuchar sus aullidos.

—¡Sirenas! —dijo la dragona.

Las aguas se encresparon y ondularon bajo las estrellas y a lo lejos se escuchó el que después sería el tan conocido canto de las sirenas.

—¡Qué linda palabra! —dijo el dragón—. A ver si puedo nombrar algo tan hermoso.

—Claro que sí —dijo la dragona—, si no jugás demasiado apurado.

—¡Unicornio! —dijo el dragón negro.

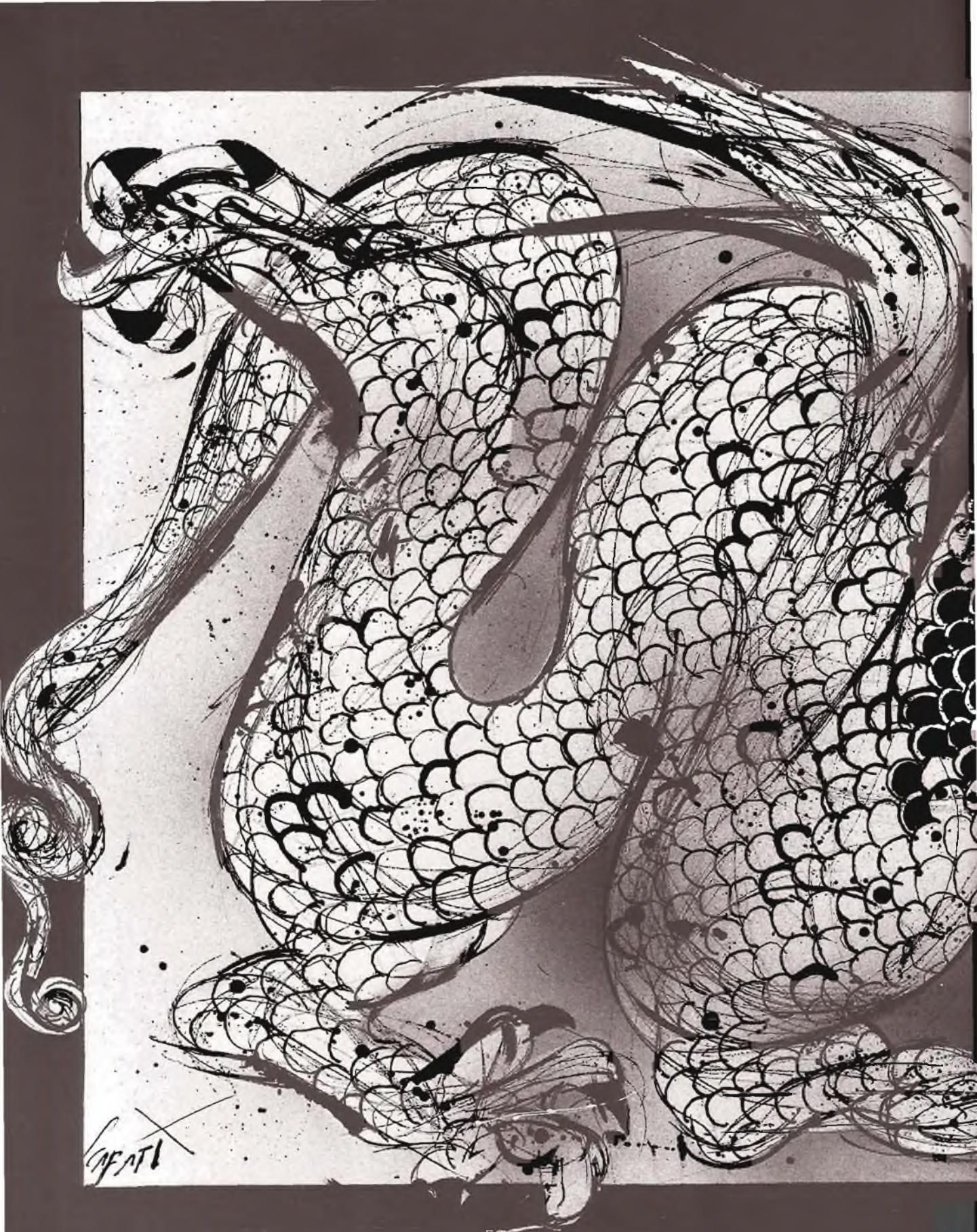
Y el más hermoso animal, con un brillante cuerno azul en la frente, corrió y saltó, como una luz en la noche, y se perdió en la espesura.

—¡Centauro! —dijo la dragona.

Con ojos asombrados vieron esa perfecta combinación de hombre y caballo que también los miraba con asombro, sorprendido de estar en el mundo rodeado de dragones.

—No es bueno que estén solos —dijo la dragona—. No es bueno que los lobos, las sirenas, los unicornios y los centauros estén solos. Nadie debe estar solo.

Y les nombraron compañeros y compañeras. Y fue hermoso lo que sintieron cuando los vieron en parejas. Entonces los dragones tuvieron ganas de amarse, y volaron para amarse en el vuelo. Volaron y se amaron hasta que el sol se despegó del horizonte y se elevó, y cuando estuvo alto en el cielo, los dragones bailaron el baile de las sombras.

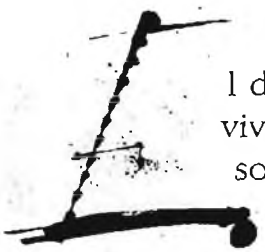


Maldición de Dragón

Que tengas comida hasta estar harto todos los días de tu vida. Y que vivas muchos años. Que nunca te falten ni el agua ni la luz. Que los senderos sean suaves cuando los camines. Que las espinas se aparten de tu lado. Que tus enemigos te dejen pasar sin atacarte. Que ningún dolor te hiera en el costado. Que nadie te lastime a traición. Que nadie te ofenda ni siquiera con un gesto. Que tengas todo lo que se pueda desear, por largos, larguísimos años.

Pero que te falte el amor.

Espejo de Dragón



El dragón vivía contento sin conocer los espejos. El dragón vivía pensando que era igual a un jaguar. Y como los jaguares son hermosos, el dragón estaba contento.

Todo comenzó un día en que un dragón negro dijo la palabra espejo. La dijo porque sí, porque tenía ganas de decir "espejo". O tal vez porque había llovido demasiado y estaba enojado con la lluvia, tal vez porque las nubes tapaban el cielo y estaba enojado con las nubes. O tal vez porque su dragona se había ido con otro. Vaya a saberse. Esas cosas a veces les pasan a los dragones.

Entonces dijo "espejo". Lentamente lo dijo, paladeando la palabra, y el mundo se llenó de espejos. Los ríos fueron espejos, los mares fueron espejos, los lagos, los charcos, las lagunas fueron espejos. Los ojos de los animales fueron espejos.

Primero el dragón se confundió, porque cualquiera se confunde cuando se conoce tal como es. Después no.

Claro que nunca aprendió a estar de acuerdo con los espejos, porque muestran las cosas al revés. Pero eso sirve para jugar y para pensar, dos cosas que hacen felices a los dragones. Y porque en algo se parecen a las sombras.

Los dragones vivían contentos sin conocer los espejos.

Ahora que los conocen están más contentos todavía.

Amor de Dragón

Cuando los dragones se aman se desatan los maremotos, los volcanes lanzan un fuego endemoniado y los huracanes largan una furia que hace pensar que ha llegado el fin del mundo. Por eso a veces, para amarse sin molestar a nadie, vuelan hasta el cielo más alto, donde las estrellas casi están al alcance de la mano.

Y los dragones creen que el mundo queda en calma. Pero se equivocan. Entonces caen rayos y centellas, el cielo parece desplomarse con truenos aterradores, las estrellas fugaces y los cometas de largas colas luminosas corren de un lado para el otro sembrando el pavor, y los tornados enfurecidos se tragan medio mundo.

O la luna o el sol parecen borrarse lentamente en el cielo y todos dicen que hay un eclipse, dando minuciosas explicaciones de cómo la tierra se coloca entre el sol y la luna o la luna delante del sol y etcétera etcétera.

Vanas explicaciones. Las dicen los que nunca miran bien. Si mirasen bien verían claramente la figura de dos dragones que se aman y que van tapando la luz de los astros según se acerquen o se alejen.

Cada vez que alguien piense que está llegando el fin del mundo sólo tiene que abrir los ojos de mirar bien. Los ojos grandes de mirar lejos. Y no creer en tonteras. Pero eso no es nada fácil.

Color de Dragón

Un dragón negro le pregunta a otro dragón negro:

—Dragón, ¿de qué color sos?

—Rojo —contesta el dragón negro.

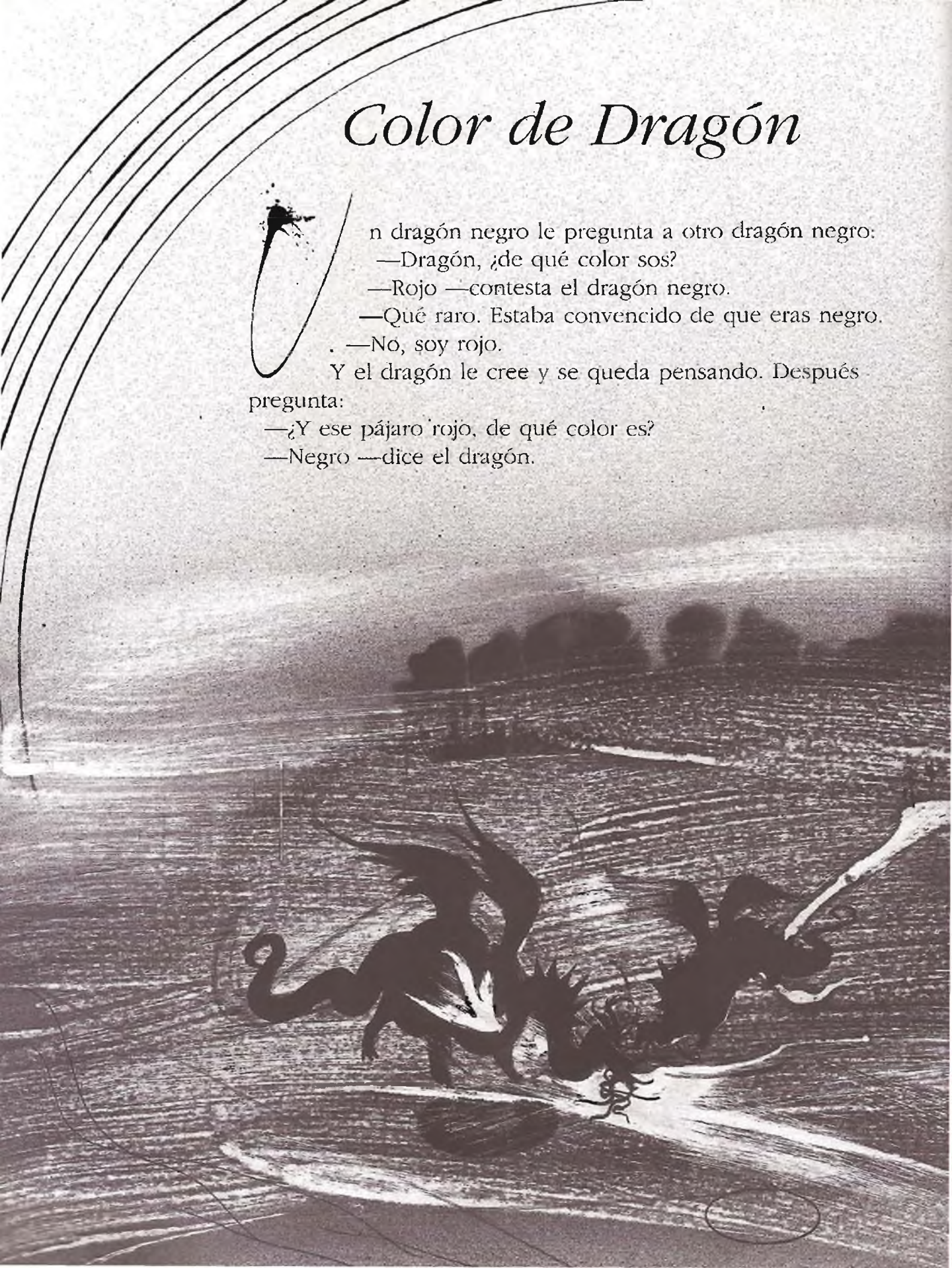
—Qué raro. Estaba convencido de que eras negro.

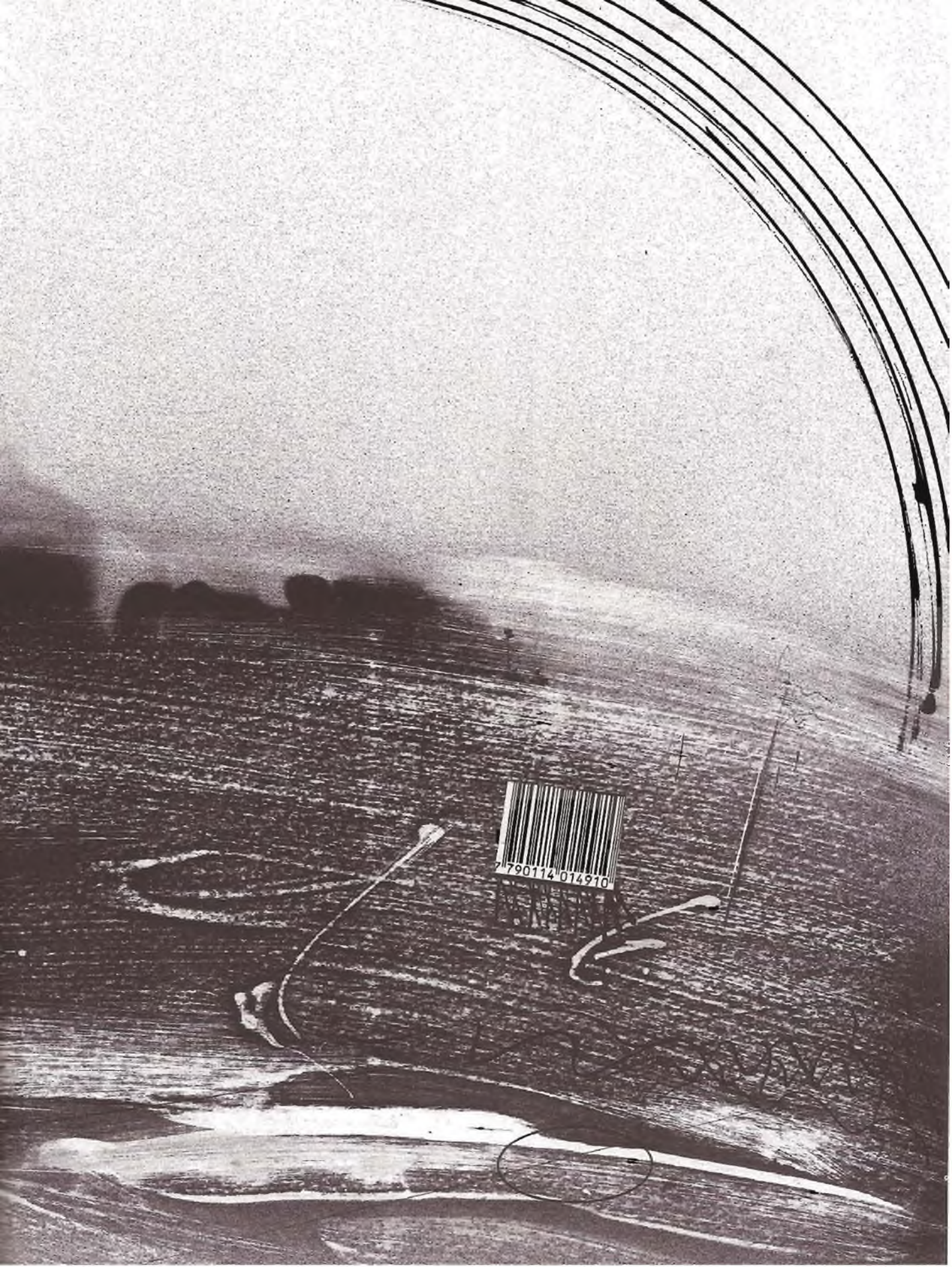
—No, soy rojo.

Y el dragón le cree y se queda pensando. Después pregunta:

—¿Y ese pájaro rojo, de qué color es?

—Negro —dice el dragón.





Y el dragón le cree, y se va convencido de que siempre vivió equivocado.

Entonces se encuentra con otro dragón negro, y le pregunta:

—Dragón, ¿de qué color sos?

—Azul —contesta el otro dragón.

—¿No sos negro ni rojo?

—No, soy azul —contesta el dragón negro.

El dragón queda más confundido que nunca. Se encuentra con muchos dragones, uno tras otro, y a todos les pregunta de qué color son.

Y los dragones le contestan: verde, amarillo, naranja, blanco, azul, marrón. Todos de un color distinto.

Entonces el dragón de las preguntas decide:

—Los dragones saben muchas cosas, pero en materia de colores no saben nada.

Desde entonces habla de cualquier cosa menos de colores. No vale la pena.

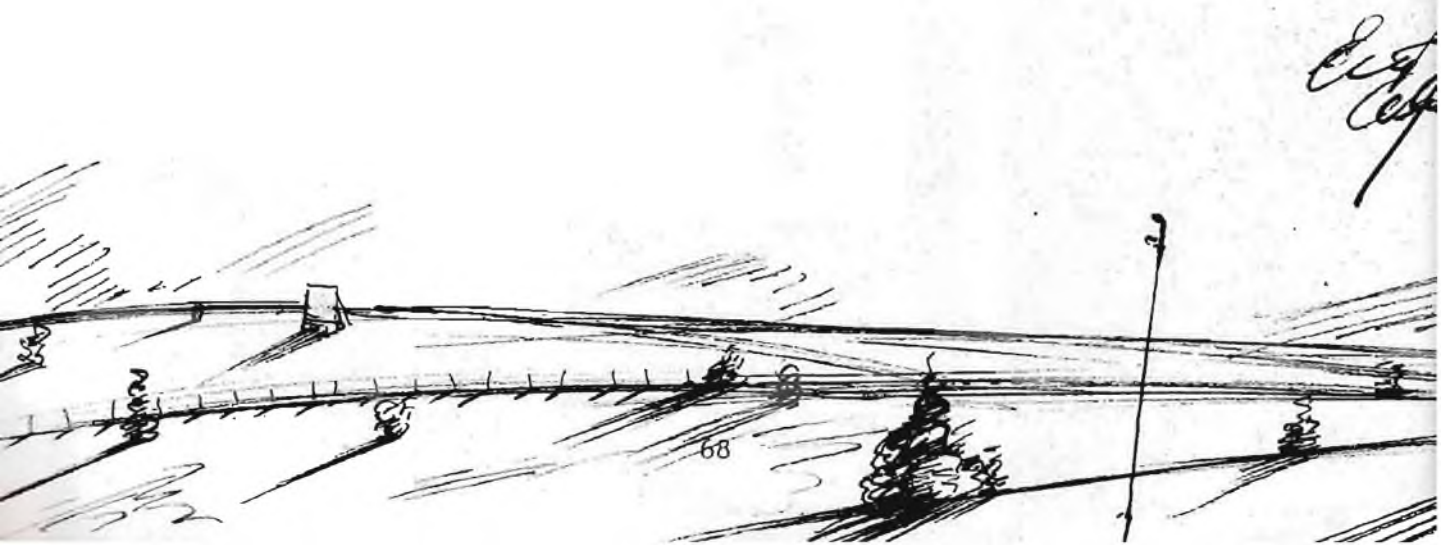
Cosas de Dragones

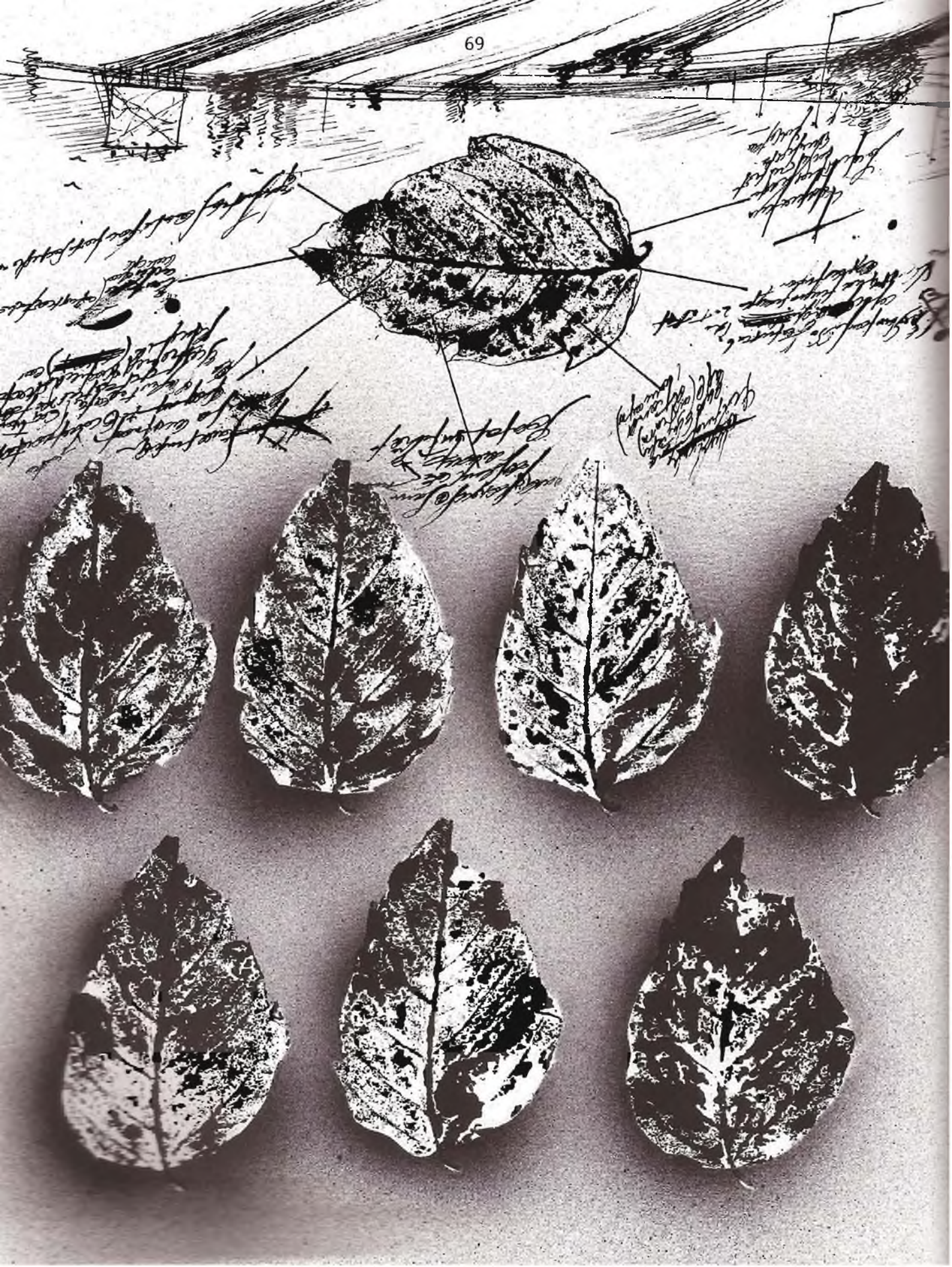
Los dragones aman las cosas inútiles. Sienten una especial ternura por todo lo que no sirve para nada. Y una secreta admiración. Si las cosas inútiles están ahí, algún mérito deben tener.

Como las hojas secas. En especial las hojas secas que tienen un agujero para mirar y descubrir lo que antes no se había visto. No es que las cosas no estuvieran, pero miradas a través del agujero de una hoja seca son otras cosas. Por eso los dragones esperan el otoño con entusiasmo. Saben que va a ser una época de descubrimientos.

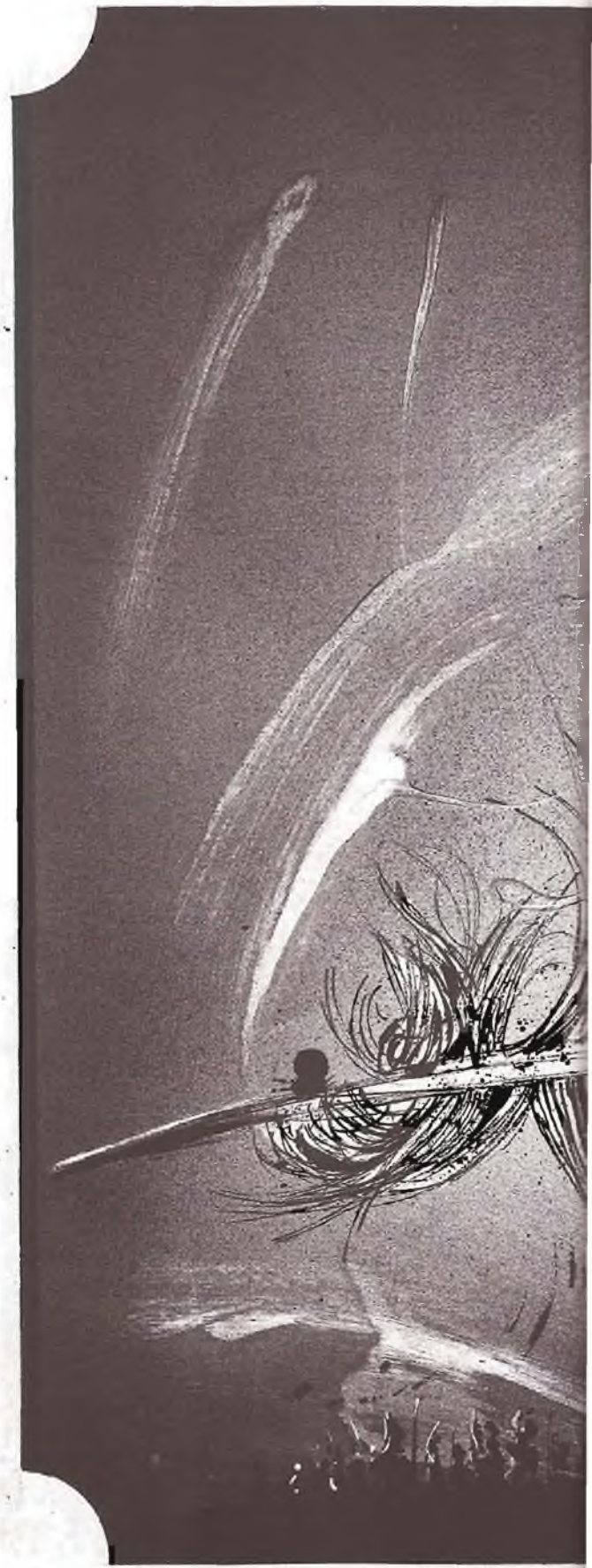
También los entusiasma encontrar una piedra redonda, una piedra pulida de esas que aparecen a la orilla del río y que vaya a saber qué tiempo llevan rodando para encontrar la forma perfecta.

Los dragones las tocan suavemente, como si fuesen el frágil huevo de un pájaro, las acarician, y piensan. Tratan de imaginar el recorrido de esa piedra, desde su primer día en el tiempo y la distancia, hasta llegar en ese momento a la orilla del río para que un dragón la encuentre, la alce, y la acaricie con ternura.

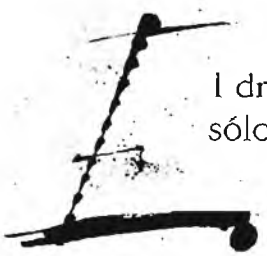




Pero lo que más los entusiasma es encontrar una pluma perdida. Una pluma de colores. Entonces imaginan en qué nubes volaría el pájaro que la perdió, qué vientos la habrían llevado de un lado para el otro. Qué lluvias la habrían mojado y qué soles le habrían prestado su calor. Y se preocupan pensando que algún pájaro estará buscándola. Entonces sienten una enorme ternura por la pluma perdida, y algunos sostienen que le vieron correr una lágrima a un dragón. Por eso los dragones, cada vez que encuentran una pluma, se la muestran a todos los pájaros que pasan.



Voces para un Dragón



El dragón disfruta con el sonido de las palabras. Muchas veces sólo conversa para escuchar cómo suenan, sin importarle lo que significan.

Entonces pregunta cosas que ya sabe, sólo para iniciar una conversación y que alguien hable. Pregunta al león, al jaguar, a los pájaros. Cada uno tiene su propia voz, y al dragón le gusta oír la voz del pájaro, la voz del león y la voz del jaguar.

Cuando quiere escuchar voces plantea conversaciones de ésas repetidas donde ya se conoce lo que va a decir el otro.

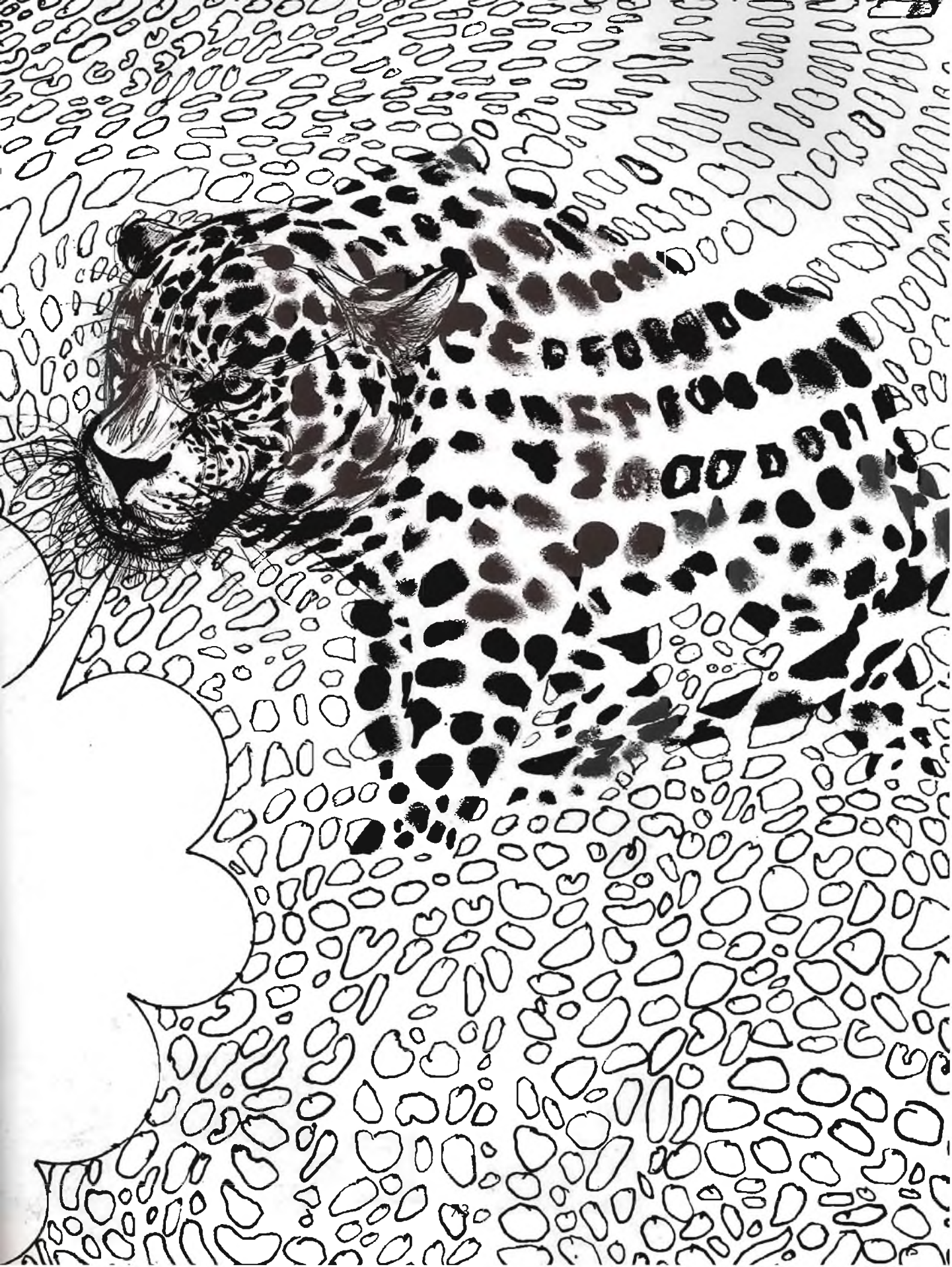
El dragón sabe que el jaguar odia la lluvia. Lo sabe porque hablaron mil veces del tema. Entonces le dice al jaguar:

—Creo que está por llover.

Con eso alcanza.

—Maldita suerte. Suerte de zorro sarnoso, de gato empiojado, de buitre con hambre, de alacrán sin veneno, de carancho con las plumas sucias, de tijereta con la cola cortada, de víbora con el colmillo roto...

Y el jaguar sigue largo rato hablando y protestando, mientras el dragón lo mira. Lo único que hace es mirarlo. Y mientras el dragón lo mira, el jaguar cree que comparte con entusiasmo sus argumentos en contra de la lluvia. Y sigue hablando sin cansarse.



Pero no. El dragón ya conoce de memoria todo lo que dice el jaguar cada vez que llueve. Sólo escucha el sonido de las palabras, esa música perfecta que la ronca voz del jaguar modula pausadamente.

Y en el sonido hay odios y resentimientos. Hay dolor y tristeza. Hay una forma de entender y de no entender todo lo que pasa.

El dragón queda feliz. Escuchó cómo suena la música del odio, cómo suena un desacuerdo con las cosas de la tierra, cómo suena una tristeza por lo que no se puede remediar.

Para compensar, para llenarse de otra música, va y se pone a conversar con un pájaro.

Error de Dragón

ragón —dijo el jaguar—, ¿por qué hiciste al hombre?

—Creo que fue un accidente, esas cosas pasan...

—Sí, pero fue un accidente grave. ¿No querés que lo coma y terminemos con el accidente?

—Todavía no, merece alguna oportunidad.

—Ya tuvo demasiadas, y además ningún animal lo quiere. ¿Te fijaste que nadie, ni con pelos ni con plumas, habla con él?

—Yo vi que hablaba con algunos animales.

—Hablaba, pero ya no. Ahora todos hacen como que no lo entienden, porque no les gusta lo que habla. Y cuando aparece se van para otro lado.

—Eso suena feo, pero pienso que siempre hay que dar más oportunidades. Quién te dice.

—Las oportunidades son peligrosas. Yo, como cualquier jaguar que se precie, estoy dispuesto a comerlo ya mismo. No sé qué puede pasar si dejamos que el agua corra.

—Esperemos, jaguar. ¿Qué puede pasar?

—No sé. Y le tengo miedo a las cosas que no sé.

—Ése parece un pensamiento del hombre, jaguar.

—¿Ves hasta dónde puede ser peligroso? Ya me estoy contagiando de su manera de pensar.

—Y me vas a contagiar a mí. Estamos entrampados, jaguar, porque comerlo también es una manera de terminar un problema a la manera del hombre.

—¿Qué hacemos, dragón?

—¿Qué hacemos, jaguar?

Y ahí se quedaron dando vueltas al problema. Una y mil veces y otras mil. Todavía no encontraron la solución. Lástima.

Gustavo Roldán nació en el Chaco, en 1935, y vivió en el monte, en Fortín Lavalle, cuando la tierra era plana y la luna se apoyaba en la copa de los árboles, aunque siempre en el que estaba un poco más allá. Además de escritor, es carpintero y aprendiz de mago. Por su libro *Como si el ruido pudiera molestar* mereció el Tercer Premio Nacional de Literatura (1992); por *Todos los juegos el juego*, el Segundo Premio Nacional de Literatura (1995), fue Premio Konex en 1994 por la totalidad de su obra, y en 2002 obtuvo el Premio Pregonero de Honor.

Luis Scafati nació en Mendoza en 1947. Sus dibujos y su pintura crean, como una constante, un ámbito de sorpresa y asombro que siempre deslumbra, mostrando la excelencia de un artista mayor.
Recibió el Gran Premio de Honor XVII Salón Nacional de Dibujo; el Primer Premio de Dibujo en el Salón Grandes Premios Nacionales; el Premio Gunther de Pintura "Medalla de Oro CAYC" y el Primer Premio de Dibujo en el Salón Municipal Belgrano.
Sus obras están expuestas en diversos museos del país y del extranjero.

Índice

Bendición de Dragón 9
Sueño de Dragón 10
Pena de Dragón 21
Juego de Dragón 23
Llanto de Dragón 31
El baile de las sombras 32
El día del Dragón 36
Tiempo de Dragón 41
Secreto de Dragón 42
El fuego del Dragón 45
Rompecabezas de Dragón 46
Mirada de Dragón 49
Miedo de Dragón 50
Confianza de Dragón 55
Palabras de Dragón 57
Maldición de Dragón 59
Espejo de Dragón 60
Amor de Dragón 62
Color de Dragón 64
Cosas de Dragones 68
Voces para un Dragón 72
Error de Dragón 76

Los sueños de los dragones no son como
los otros sueños, un sueño que se va.
Son sueños que van tomando forma hasta
que se los mira y se los ve de cuerpo entero.